

Don Winslow Muerte y vida de Bobby Z

“La mejor novela policíaca del año. Un derroche de creatividad.”
Chicago Tribune



Muerte y vida de Bobby Z

Muerte y vida de Bobby Z

Don Winslow

Prólogo de Rodrigo Fresán

Traducción de Eduardo G. Murillo

Roja & Negra

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *The Death and Life of Bobby Z*

Publicado por acuerdo con Alfred A. Knopf, sello de The Knopf Doubleday Group, división de Random House, Inc.

Primera edición: marzo de 2011

© 1997, Don Winslow

© 2011, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Eduardo García Murillo, por la traducción

© 2011, Rodrigo Fresán, por el prólogo

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2373-8

Depósito legal: B-2718-2011

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Crta. BV2241, Km. 7,4

08791 Sant Llorenç d'Hortons

GM 2 3 7 3 8

DOBLE O NADA

por Rodrigo Fresán

UNO Desde el principio de los tiempos, la figura del doble –las narraciones sobre el doble– gravitan sobre nosotros y nos miran mirarlas.

Así, en inmemoriales textos religiosos y leyendas, el Bien y El Mal son hermanos siameses de polaridades opuestas pero tan indivisibles como complementarios.

Y Jano, claro.

Y la conflictiva doble personalidad de los súper-héroes, esa re-escritura de divinidades clásicas y atormentadas que a menudo nos salvan pero que, en más de una ocasión, no pueden salvarse a ellos mismos.

Y, ya en los terrenos de la ficción, los dobles de E. T. A. Hoffmann y el doble de Fiódor Dostoievski. Las fantasmales hembras victorianas de *La dama de blanco* de Wilkie Collins o la otra Eliza Dolittle en *My Fair Lady*. El «William Wilson» de E. A. Poe y el 2 × 1 de Jekyll & Hyde, los perversos ginecólogos mellizos en *Inseparables* de David Cronenberg. Los magos duplicantes en *El prestigio* y los duelistas de Joseph Conrad, y el otro Jorge Luis Borges de Jorge Luis Borges (quien, junto a su socio perfecto Adolfo Bioy Casares supo convertirse en Honorio Bustos Domecq) y el pseudónimo ultraviolento en *La mitad oscura* de Stephen King, quien alguna vez tecló en la máquina de Richard Bachman. Los aliens que nos copian al detalle en *La invasión de los ladrones de cuerpos*. El Terry Lennox devenido en Cisco Maioranos al final de *El largo*

adiós de Raymond Chandler. Aquel delirio de John Woo en el que John Travolta y Nicolas Cage intercambiaban rasgos. El eterno combate entre Sherlock Holmes y el profesor Moriarty que, para muchos, siempre fueron la misma persona aburrida y necesitada de un rival a su altura...

... y seguro de que me olvido de tantos otros otros.

La idea del doble –las tramas con doble– nos inquietan y nos atraen porque, en realidad, más allá de los vericuetos de un argumento que se muerde la propia cola, de lo que en realidad nos hablan y susurran, siempre, es de ese tema tabú, de esa sombra a cuyos pies vamos pegados: la esquivada pero palpable figura de quién querríamos ser, quién podríamos haber sido, quien renunciamos a ser, quien nunca seremos. Y no olvidar que la película de mayor éxito de todos los tiempos, *Avatar*, se ocupa de lo que nos sucede cuando nos convertimos en otro sin dejar de ser uno pero, eso sí, tiñéndonos de un precioso y computarizado azul digital.

Ser o no ser o ser otro sin dejar de ser uno mismo, esa es la cuestión. Eso es en lo que pensamos todas las mañanas cuando nos miramos al espejo, vemos allí esa cara tan familiar y tan extraña y –como el George Bailey de aquella película– nos preguntamos cómo es que llegamos allí. Y –por las dudas, es bueno saberlo, tal vez un día vayamos a necesitar la llave de esa puerta– dónde queda la salida.

DOS Pero una de las variantes más fértiles del doble o nada son esas novelas o películas donde alguien es suplantado por alguien que se le parece demasiado con/para fines más bien cuestionables. La mentira, el engaño, la tramoya, el plan arriesgado pero (si sale bien) salvador siempre son parte del perfil del doble.

Entonces, la ficción coquetea con la realidad para que, enseñada, la realidad imite a la ficción y proponga intrigas donde de lo que siempre se trata es de la alteración de la Historia previa modificación de la historia. De mover los hilos que mueven los poderosos para hacerles comprender que, también, esos hilos los mue-

ven a ellos. Sí: se puede ser grande o pequeño pero siempre se será un títere. Lo único que cambia es el tamaño del escenario del teatro de marionetas.

Así, los célebres dobles de Josef Stalin o de Saddam Hussein o de Paul McCartney o de Sarah Palin según la comedianta Tina Fey no son más que el reflejo espejado de las páginas y pantallas de *El hombre de la máscara de hierro* de Alexandre Dumas, *Príncipe y mendigo* de Mark Twain, *El prisionero de Zenda* de Anthony Hope (las lecturas juveniles abundan en dobles tal vez porque es la época más sanamente psicótica de nuestras vidas), del doble de Ramsés XIII en *Faraón* de Jerzy Kawalerowicz, el doble frank-capriano del presidente estadounidense en *Dave, presidente por un día* de Ivan Reitman, de la pretendiente a zarina en *Anastasia*, del doble de Churchill en *Ha llegado el águila* de Jack Higgins, del doble de Hitler en *Ser o no ser* de Ernst Lubitsch o en *El gran dictador* de Charles Chaplin. O todos esos que testifican y desaparecen al ser *doblados* cortesía del programa de protección de testigos del FBI (que los paranoicos-conspirativos aseguran que no existe, que una vez utilizado el sujeto no se le da nuevo rostro e identidad y vida sino, simplemente, se lo «neutraliza» para siempre).

Y —ya acercándonos al tema de hoy— de aquel humilde y supuestamente inofensivo lustrador de zapatos de nombre Gino que, en *Las cosas cambian* de David Mamet, es idéntico a un poderoso capo de la mafia, ¿se acuerdan?

TRES Lo que nos lleva a *Muerte y vida de Bobby Z* y a ese momento en que un agente de la DEA llamado Tad Gruzsa le informa al presidiario Tim Kearney (condenado a cadena perpetua por degollar de manera más bien poco ortodoxa a un colosal Ángel del Infierno y ahora recluido en una prisión donde lo que sobran son Ángeles del Infierno más que preparados para vengar al compañero caído) que es igualito a un tal Bobby Z, Señor de la Droga mexicano, Big Cartelero.

Y que un tal Don Huertero –nombre casi mágico–realista, pero de magia bien negra y oscura; aquí no hay personajes que vuelen pero sí son varios los que vuelan por los aires cuando Don Huertero así lo dispone– tiene cautivo a otro agente de la DEA. Y Don Huertero está dispuesto a canjearlo por Bobby Z, célebre contrabandista y alguna vez *carnal* suyo. Pero, atención, Don Huertero quiere vivo a Bobby Z para –ínfimo pero decisivo detalle, letra pequeña en el contrato, cláusula clave– tener el placer personal no de recibirlo con fiesta y mariachi y piñata sino de convertirlo en piñata humana. Léase: matarlo bien muerto y lentamente. El problema, claro, es que el verdadero Bobby Z ya está muerto. Pero, como ya se dijo, Kearney es su virtual doble. Así que –como decía esa voz en la grabadora de *Misión: Imposible*– «su misión, si decide aceptarla...».

Y ya saben cómo sigue.

Pero no.

CUATRO Porque una de las virtudes de *Muerte y vida de Bobby Z* es su capacidad para sorprender a cada vuelta de página y de carretera del sur de California y norte de México. Su indisimulable placer en desconcertarnos con cada giro y curva peligrosa de personaje donde, enseguida, destaca la fatal novia de Bobby Z y su hijo de seis años y variadas y siempre listas a la hora de ladrar y morder jaurías de motociclistas, indios, policías, guardaespaldas con cuentas pendientes no sólo con Bobby Z sino, también, con Tim Kearney.

Y tras los pasos de Tim/Bobby va, también, el lector en uno de esos libros que se leen entre carcajadas y temblores. Y más carcajadas. Porque, por encima de todo, *Muerte y vida de Bobby Z* es un libro muy pero muy divertido.

Muerte y vida de Bobby Z –nada es casual, se trata de una novela de preso que ya no quiere serlo– es, además, el libro que, en 1997 y ya con varios títulos en su haber (incluyendo la serie del detective Neal Carey), liberó a Don Winslow. *Muerte y vida de Bobby Z*

sacó a Winslow de una sucesión de múltiples trabajos –entre los que figuraban el de detective y guía de safari– para concentrarlo en la escritura.¹

Cuenta Winslow (Nueva York, 1953) que escribió *Muerte y vida de Bobby Z* –título que le significaría un contrato a largo plazo con la prestigiosa editorial Knopf– yendo y viniendo en el tren suburbano Metrolink, día tras día, entre las estaciones de San Juan Capistrano y el centro de Los Ángeles: «Yo siempre quise ser escritor antes que nada. Me ganaba la vida como investigador privado; pero en esas largas sesiones de vigilar a un sospechoso dentro de un automóvil, yo leía y estudiaba a Raymond Chandler y a John D. MacDonald y a Robert Parker. De ellos aprendí que la intriga es importante. Pero igualmente importantes son el estilo de la escritura y el tratamiento de los personajes... En realidad, el personaje lo es todo para mí. Si al lector no le importa o no se preocupa por el personaje, entonces mucho menos va a preocuparle lo que vaya a sucederle. La trama no me interesa tanto, pero sí me interesa cómo organizarla alrededor de los personajes. Una vez que descubres quiénes son ellos, su historia se cuenta sola... Con *Muerte y vida de Bobby Z* supe que había alcanzado nuevas alturas, un nuevo comienzo. Hasta entonces, yo ya empezaba a pensar que mi carrera de escritor estaba terminada. Me ocupaba de casos del tipo legal. Mucha burocracia, poca emoción. Y empecé a escribirla mientras iba y venía del trabajo en tren. Fue entonces cuando descubrí que era mucho más divertido escribir en el tren que leer en el tren. Escribía un capítulo de ida y un capítulo de vuelta. Y en-

1. La novela fue vendida al cine y resultó en un film más bien mediocre y poco exitoso económicamente: *The Life and Death of Bobby Z* (2007) dirigida por un tal John Herzfeld y con un elenco de actores clase B apenas redimida por las presencias de Larry Fishbourne y Olivia Wilde –posteriormente célebre como «Trece» en la serie *House*– y ese ya clásico narco-actor que es Joaquim De Almeida. La película recibió la calificación R por su abundancia de malas palabras, jerga drogadicta y ocasional desnudez. Y The End. Y es que una adaptación de esta novela –recordar la del *Get Shorty* de Elmore Leonard a cargo de Barry Sonnenfeld– obliga a galaxia de estrellas en papeles pequeños pero sustanciosos, pasándola bien y, si se puede, con un Quentin Tarantino o unos hermanos Coen al otro lado de la cámara.

caré la redacción del libro con una actitud cercana a las artes marciales. Ya sabes, aquello de “¿Cómo hacer para tallar a golpes un elefante en un bloque de madera”. Sencillo: sacas a golpes todo lo que no hay de elefante en ese bloque de madera».

CINCO Y, sí, abundan los golpes en *Muerte y vida de Bobby Z* y –tal vez beneficio de su génesis ferrocarrilera– todo parece, siempre, a punto de descarrilar. Don Huertero es, por supuesto, el furioso e imparale elefante de la cuestión.

Muerte y vida de Bobby Z resulta, también, especialmente especial dentro de la obra de Don Winslow quien aquí contradice e invierte los términos de aquel *dictum* de Charles Marx: y es que, a veces, la historia puede ser primero comedia y luego tragedia. Porque *Muerte y vida de Bobby Z* es –por encima y por debajo de todo– una comedia. *Vaudeville* feroz y *slapstick* sangriento que, por momentos, evoca esas persecuciones locas de los Keystone Kops con la diferencia de que, aquí, el que se cae ya no suele levantarse.

Y *Muerte y vida de Bobby Z* ya anticipa, también, las sombras de lo que será la indiscutible ópera magna de Don Winslow hasta la fecha: *El poder del perro* (2005).² Aquí ya están los agentes de la DEA que no saben para dónde disparar, las cejas enarcadas de traficantes latinos, las mujeres calientes (alguien apuntó y disparó, con perversa malicia, que las escenas sexuales de *Muerte y vida de Bobby Z* evocan los ardores horizontales de las páginas de cartas de lectores de *Penthouse*), los enfrentamientos entre machos alfa, ese país radiactivo al sur del Río Grande tan absolutamente maléfico como el Mordor de *El señor de los anillos*, y la sed de venganza, que siempre se sirve fría y nunca se quita del todo.

Pero si en *El poder del perro* la referencia automática es la ambición operística, histórica, histérica y casi *gore* y el fraseo de ametralladora de James Ellroy; lo que prima en *Muerte y vida de Bobby Z* es la composición de caracteres, el ritmo relajado y tenso al mis-

2. Incluida en esta misma colección.

mo tiempo que sólo regala la mejor marihuana, la coreografía perfecta de quienes entran y salen (a veces abriéndose camino a balazos) y el sincopado y humorístico sentido del diálogo de Elmore Leonard y Carl Hiassen.³ Este último –refiriéndose a *Muerte y vida de Bobby Z*– la definió como «eso que ocurre cuando te expulsan del Hotel California». Michael Connelly dijo que leerla fue «recordar lo que sentí cuando tropecé con ese secreto que era Elmore Leonard». Y Robert B. Parker –aquel a quien Winslow disecionaba mientras esperaba dentro de su auto– concluyó que «la historia de Bobby Z canta en cada una de sus páginas».

Y ninguno de ellos miente al referirse a esta novela donde todos engañan y la única ley vigente es la Ley de Murphy.

SEIS Ah, me olvidaba: Don Winslow alguna vez escribió una novela titulada *A Winter Spy* bajo el alias de McDonald Lloyd.⁴ Y –esto a Don Winslow no le causa la menor gracia– hay por ahí otro escritor que no es él, pero que se llama Don Winslow, dedicado exclusivamente a la literatura erótica.

«No deja de ser un problema. Porque la gente me busca en internet y sale *ese otro* Don Winslow y cada vez que salgo en un *tour* de presentación de mis libros me veo obligado a aclarar en las invitaciones que yo no soy él y que no he escrito nada titulado *Esclavas de Roma*», suspira el creador de Tim/Bobby, esclavo de la DEA.

El que a hierro escribe, a hierro vive: es doblemente peligroso meterse con los dobles.

3. Lo último de Winslow, luego de varias escapadas surf-noir entre las que se incluye *El invierno de Frankie Machine* (Martínez Roca) es *Savages*: otra novela narcótica donde se combinan –vértigo y carnicería– los dialectos de *Muerte y vida de Bobby Z* y *El poder del perro*.

4. Esta novela –perteneciente al género «de espías», transcurriendo a finales de los años 50 y girando alrededor del affaire entre JFK y Marilyn Monroe– sin embargo fue publicada en el Reino Unido bajo el nombre de Don Winslow pero con diferente título: *Isle of Joy*.

Lo que nos lleva, de vuelta, a lo del principio y al principio de esta novela que —antes de alcanzar ese final dorado en altamar— en tierra firme y de máxima seguridad, ya en su primera línea, difícil soltarla después de haberla leído, nos anuncia y nos invita a que nos enteremos de cómo fue que Tim Kearney se convirtió en el legendario Bobby Z.

*Para Jimmy Vines,
el agente que hace todo lo que dice que hará*

Así es como Tim Kearney consigue convertirse en el legendario Bobby Z.

Tim Kearney logra convertirse en Bobby Z afilando una placa de matrícula hasta dotarla del filo de una navaja y rajando con ella la garganta de un enorme Ángel del Infierno llamado Stinkdog, matándolo al instante y haciendo que un agente de la DEA llamado Ted Gruzsa se lleve una alegría al instante.

—Así será mucho más fácil convencerlo —dice Gruzsa cuando se entera, en referencia a Kearney, por supuesto, ya que, a esas alturas, ya no es posible convencer de nada a Stinkdog.

Gruzsa tiene razón. La acusación de asesinato no solo convierte a Kearney en triple reincidente, sino que matar a un Ángel del Infierno lo convierte además en hombre muerto en cualquier patio de prisión de California, así que «perpetua sin posibilidad de libertad condicional» supone en realidad «perpetua sin posibilidad de perpetuarse», en cuanto Tim vuelva a formar parte de la población carcelaria.

No es que Tim quisiera matar a Stinkdog. No quería. Pero Stinkdog lo abordó en el patio y le dijo que se uniera a la Hermandad Aria «o si no, verás», y Tim contestó «pues verás», y entonces fue cuando comprendió que lo mejor era afilar aquella placa de matrícula hasta dotarla de un filo quirúrgico.

El Departamento de Prisiones de California no está precisamente entusiasmado, si bien algunos de sus funcionarios admiten tener sentimientos encontrados en lo referente al fallecimiento de

Stinkdog. Lo que les cabrea es que Tim utilizara su presunta herramienta de rehabilitación (fabricar placas de matrícula es un trabajo honrado) para cometer un asesinato con premeditación en la prisión de San Quintín.

—No fue asesinato —le dice Tim a su abogado de oficio—. Fue en defensa propia.

—Te acercaste a él en el patio, con una placa de matrícula afilada oculta en la sudadera, y le rebanaste el pescuezo —le recuerda el letrado—. Fue planeado.

—Con sumo cuidado —admite Tim.

Stinkdog le sacaba unos veinticinco centímetros y sesenta kilos. Cuando estaba vivo al menos, porque muerto en una camilla era muchísimo más bajo que él. Y mucho más lento.

—Eso lo convierte en asesinato —dice el abogado.

—Defensa propia —insiste Tim.

No espera que el joven abogado o el sistema judicial capten la sutil diferencia entre un ataque preventivo y un asesinato premeditado. Pero Stinkdog le había planteado una disyuntiva: unirse a la Hermandad Aria o morir. Tim no deseaba ninguna de esas dos cosas, así que su única opción era llevar a cabo un ataque preventivo.

—Los israelíes lo hacen todo el rato —le explica Tim al abogado.

—Son un país —contesta el abogado—. Tú eres un delincuente profesional.

Muy profesional no es: tres condenas juveniles por robo con escalo, una corta estancia en el Tutelar de Menores de California, una temporada en los marines sugerida por el tribunal, finalizada con licenciamiento deshonroso, un robo que termina en Chino, y después la movida que el anterior abogado de oficio de Tim calificó como «la rehostia».

—Esto es la rehostia —dijo el anterior abogado de Tim—. Quiero asegurarme de que lo he entendido bien, porque no quiero dejarme ni un detalle cuando le saque partido a esta historia durante los próximos tres años. Tu colega te recoge en Chino y, camino de casa, asaltáis un Gas n' Grub.

Mi colega, pensó Tim. El capullo de Wayne LaPerriere.

–Fue él quien asaltó el Gas n’ Grub –contestó–. A mí me dijo que esperara en el coche mientras entraba a comprar cigarrillos.

–Dijo que tú llevabas la pistola.

–Él llevaba la pistola.

–Sí, pero llegó a un acuerdo con la fiscalía antes que tú –replíco el abogado–, así que, a efectos prácticos, tú llevabas la pistola.

El juicio fue un chiste. Un cachondeo. Sobre todo cuando pres-
tó declaración el dependiente nocturno paquistaní.

–¿Qué le dijo el acusado cuando sacó la pistola? –le preguntó el fiscal del distrito.

–¿Exactamente?

–Exactamente.

–¿Con las palabras exactas?

–Por favor.

–Dijo: «No muevas ni un pelo, esto es una cagada».

El jurado rió, el juez rió, hasta Tim tuvo que admitir que era muy divertido. Fue tan cómico que le valió a Tim entre ocho y doce años en San Quintín, con Stinkdog de vecino. Y una condena por asesinato.

–¿No puedes negociar una reducción de condena? –le pregunta a este abogado de oficio–. ¿Tal vez un tercer grado?

–Tim, aunque pudiera reducir los cargos a los de mearte en una cabina telefónica, todavía te enfrentarías a una sentencia a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional –contesta el abogado–. Eres un triple reincidente. Menudo carrerón.

El objetivo de toda una vida cumplido, piensa Tim. Y solo tengo veintisiete años.

Ahí es donde entra Tad Gruzsa.

Un día Tim está leyendo un cómic de Lobezno cuando los guardias lo sacan de la celda donde lo tienen incomunicado, lo meten en una furgoneta negra con los cristales tintados, lo llevan a un garaje subterráneo, y después lo suben en ascensor hasta una habitación sin ventanas, donde lo esposan a una silla de plástico barata.

Una silla azul.

Tim lleva ahí sentado una media hora cuando entra un hombre achaparrado y musculoso con cabeza alargada, seguido de un hispano alto y delgado con la cara picada.

Al principio Tim cree que el hombre achaparrado es calvo, pero en realidad lleva el pelo cortado al cero. Tiene unos gélidos ojos azules, viste un traje azul de mala calidad y sonríe con aire de suficiencia; mira a Tim como si fuera basura y después le dice al otro:

—Creo que es este.

—El parecido es innegable —admite el frijolero.

Dicho esto, el tipo achaparrado se sienta al lado de Tim. Sonríe, después levanta una enorme mano cerrada y lo golpea con fuerza en la oreja. El dolor es increíble y Tim casi se cae, pero consigue mantener el culo pegado a la silla. Lo cual es una pequeña victoria, aunque sabe que una pequeña victoria es lo máximo que va a obtener.

—Llevas un buen carrerón —dice Tad Gruzsa cuando Tim vuelve a incorporarse en la silla.

—Gracias.

—Y también eres un cabrón muerto en cuanto vuelvas al patio —añade Gruzsa—. ¿No es un cabrón muerto, Jorge?

—Es un cabrón muerto —corea Jorge Escobar con una sonrisa.

—Soy un cabrón muerto —sonríe Tim.

—Vale, todos estamos de acuerdo en que eres un cabrón muerto —dice Gruzsa—. Ahora la pregunta es: ¿qué vas a hacer al respecto, si es que piensas hacer algo?

—No voy a chivarme de nadie —contesta Tim.

A menos que sea de LaPerriere; solo tenéis que decirme dónde firmar.

—Mataste a un tipo, Kearney —prosigue Gruzsa.

Tim se encoge de hombros. Mató a un montón de tipos en el Golfo y a nadie pareció importarle demasiado.

—No queremos que te chives de nadie —explica Gruzsa—. Solo queremos que seas alguien.

—Mi madre también —dice Tim.

Esta vez Gruzsa le pega con la mano izquierda.

Para demostrar que es versátil, piensa Tim.

–Solo una temporada –dice Escobar–. Después te largas.

–Con viento fresco –añade Gruzsa.

Tim no sabe de qué coño están hablando, pero la parte de «con viento fresco» suena interesante.

–¿De qué estáis hablando? –pregunta.

Gruzsa arroja sobre la mesa una carpeta delgada de papel manila.

Tim la abre y ve la foto de un hombre de cara estrecha, bronceado y guapo, con el largo pelo negro recogido en una coleta.

–Se parece un poco a mí –observa Tim.

–Ya –dice Gruzsa.

Le está vacilando, pero a Tim le da igual. Cuando eres un reincidente triple, la gente te vacila y así es como va la cosa.

–Intenta prestar atención, imbécil –continúa Gruzsa–. Lo que vas a hacer es fingir que eres una determinada persona y después podrás abrirte. Todo el mundo creerá que los Ángeles te hicieron picadillo en el patio. Consigues una nueva identidad y el plan funciona.

–¿Qué «determinada persona»? –pregunta Tim.

Cree ver cómo los ojos de Gruzsa centellean como los de un viejo presidiario al ver carne fresca en el patio.

–Bobby Z –contesta Gruzsa.

–¿Quién es Bobby Z? –pregunta Tim.

—¿Nunca has oído hablar de Bobby Z? —pregunta Escobar.

Le mira boquiabierto, como si no pudiera dar crédito.

—Ya ves, eres tan burro que ni siquiera has oído hablar de Bobby Z —dice Gruzsa.

—Bobby Z es una leyenda —afirma Escobar con orgullo.

Le cuentan la leyenda de Bobby Z.

Robert James Zacharias creció en Laguna Beach, y como casi todos los demás críos de Laguna Beach era muy guay. Tuvo un monopatín, después una tabla de *bodyboard*, después una tabla larga, y cuando estaba en segundo año de instituto en el muy apropiadamente llamado Laguna High, era un surfero consumado y un traficante de drogas más consumado todavía.

Bobby Z era capaz de leer el agua como si fuera un libro abierto. Sabía si las olas llegaban en grupos de tres o cuatro, sabía cuándo iban a alcanzar la cresta, si romperían a la derecha o a la izquierda, las diversas formas que adoptarían, *A-frame*, *backwash* o tubo, y fue esa intuición la que lo convirtió en un joven y prometedor surfero en el circuito, así como en un empresario de éxito.

Bobby Z ni siquiera se había sacado el carnet de conducir y ya era una leyenda. Parte de la leyenda se debía a que había ido en autoestop a comprar su primera partida grande de marihuana y había regresado también en autoestop, allí plantado en la carretera del Pacífico con el pulgar en alto y dos bolsas de gimnasia Nike llenas de Maui Wowie¹ a sus pies.

1. Marihuana procedente de Hawái. (*N. del T.*)

—Bobby Z es puro hielo —entona One Way, un pirado que vive en la playa pública de Laguna, autoproclamado Homero del Ulises de Bobby.

«One Way» es una abreviatura de «One-Way Trip», viaje sin retorno, y la historia es que One Way se pegó un viaje con seis cuadrados impregnados en ácido del que nunca más volvió. Desde entonces deambula por las calles de Laguna molestando a los turistas con sus interminables soliloquios tipo monólogo interior sobre la leyenda de Bobby Z.

—Esas flacuchas muñecas rusas podrían patinar sobre Bobby Z —diría One Way en su mejor estilo—. Él es así de frío. Bobby Z es la Antártida, salvo que ningún pingüino se le caga encima. Es prístino. Plácido. Nada preocupa a Bobby Z.

La leyenda continúa afirmando que Bobby Z convirtió los beneficios de aquellas dos bolsas Nike en cuatro bolsas Nike más, después en dieciséis, después en treinta y dos, y para entonces ya le había dado dinero a un lacayo adulto para que le comprara un Mustang del 66 clásico y le paseara por ahí.

Otros chicos están preocupados por la universidad a la que irán mientras Z piensa que le den por culo a la universidad, porque ya está ganando más que si hubiese hecho un máster en gestión de empresas, y acaba de empezar cuando Washington declara la guerra contra las drogas, lo cual supone una gran ventaja para él, porque eso no solo mantiene los precios al alza, sino que mete en la cárcel a esa pandilla de semiprofesionales incompetentes que de no ser así le harían la competencia.

Y a Z se le ocurre pronto, incluso antes de saltarse su ceremonia de graduación, que le den por culo al por menor. Ser minorista es como apoyarte en tu coche y repartir la pasta. Lo realmente bueno es el por mayor: proveer al proveedor que provee al proveedor. Alcanzar ese nivel y convertirte en invisible, organizar el flujo ordenado del producto y del dinero, sin poner jamás tu culo en peligro. El negocio ha de funcionar así, y Z es un genio de la gestión y lo ha comprendido.

Bobby Z lo ha comprendido.

—No como tú, retrasado —le dice Gruzsa a Tim—. ¿Sabes cómo pasó Bobby Z la noche de su ceremonia de graduación en el instituto? Alquiló una suite, una suite, en el Ritz-Carlton de Laguna Niguel, e invitó a sus amigos a pasar allí el fin de semana.

Tim recuerda cómo pasó él la noche de su graduación. Para empezar, ni siquiera se graduó. Mientras la mayoría de sus compañeros de clase estaban en la fiesta, él, un amiguete y dos chicas perdedoras aparcaron en un Charger junto al centro de reciclaje de Thousand Palms, con algunos packs de seis cervezas y marihuana de poca calidad. Ni siquiera echó un polvo: la chica vomitó en su regazo y luego perdió el conocimiento.

—Eres burro de nacimiento —añade Gruzsa.

¿Qué puedo decir?, piensa Tim. Es verdad.

Tim se crió, o lo intentó, en la cutre ciudad de Desert Hot Springs, California, justo al otro lado de la interestatal 10, frente a la ciudad turística de Palm Springs, donde vivían los ricos. Los habitantes de Desert Hot Springs fregaban retretes en Palm Springs, lavaban platos y acarreaban bolsas de golf, y eran sobre todo mexicanos, salvo algunos borrachuzos blancos, como Tim Kearney padre, quien, en sus raras visitas a casa, le daba a Tim unas palizas de muerte con el cinturón, al tiempo que señalaba las luces de Palm Springs y aullaba: «¿Lo ves? ¡Ahí está el dinero!».

Tim creyó haber captado el mensaje, de modo que a los catorce años ya estaba forzando aquellas casas de Palm Springs donde estaba el dinero, afanando televisores, aparatos de vídeo, cámaras, dinero en metálico y joyas, y disparando alarmas silenciosas.

En su primer juicio por robo con escalo, siendo menor de edad, el juez de familia le preguntó si tenía algún problema con la bebida, y Tim, que no era estúpido pese a ser un desastre monumental, era capaz de reconocer una vía de escape cuando se la ofrecían, de modo que soltó unas lagrimitas de cocodrilo y dijo que se temía que era un alcohólico. Así que le dieron la condicional, fue a algunas reuniones de Alcohólicos Anónimos y recibió una paliza de su padre, en lugar de acabar en el Tutelar de Menores y recibir una paliza de su padre.

Tim fue a las reuniones, y, por supuesto, el juez estaba presente; le sonreía como si fuera su hijo o algo por el estilo, de modo que el hombre se irritó un poco cuando Tim apareció ante él en su segundo juicio por robo con escalo, que incluía, aparte de los habituales televisores, aparatos de vídeo, cámaras, dinero en metálico y joyas, casi todo el contenido del bien provisionado mueble bar de la víctima.

Pero el juez superó su sentimiento de haber sido traicionado y envió al joven Tim a un centro de rehabilitación cercano. Pasó un mes haciendo terapia de grupo, aprendió a desplomarse en brazos de alguien y, por lo tanto, a confiar en dicha persona, y todo sobre los elementos positivos y negativos de su carácter, así como diversas «habilidades útiles para la vida».

La asistente social del centro de rehabilitación le preguntó a Tim si creía que tenía una «baja autoestima», y él se apresuró a responder que sí.

—¿Por qué crees que tienes una baja autoestima? —prosiguió ella con amabilidad.

—Porque sigo forzando casas... —contestó Tim.

—Estoy de acuerdo.

—... y siendo detenido.

Así que la asistente social redobló sus esfuerzos con él.

Tim casi había finalizado el programa cuando tuvo un pequeño desliz: robó la caja donde guardaban el dinero del centro y se fue a comprar una buena hierba.

—¿Sabes cuál es tu verdadero problema? —fue la pregunta retórica de la asistente social.

Tim dijo que no.

—Tienes un problema con el control de los impulsos. Careces de él.

Pero esa vez el juez sí se cabreó y masculló entre dientes algo acerca del «amor correctivo», y envió a Tom a Chino.

Allí cumplió su condena y aprendió un montón de habilidades útiles para la vida. Llevaba un mes en libertad cuando las luces de Palm Springs volvieron a hacerle guiños. Esa vez fue a por joyas,

y casi había salido de la casa con el botín cuando tropezó con un aspersor, se hizo un esguince en el tobillo y los de WestTech Security lo detuvieron.

—Solo tú la podías cagar con el agua de un jardín en mitad del puto desierto —dijo su padre.

Entonces el viejo se quitó el cinturón, pero Tim había aprendido un montón de habilidades útiles para la vida en Chino, y al cabo de un par de segundos el viejo estaba cayendo de espaldas al suelo sin que hubiera nadie cerca para impedirlo.

De modo que Tim se preparó para volver a Chino, pero esa vez le tocó un juez diferente.

—¿Cuál es su historia? —le preguntó este.

—El problema es que carezco de control de los impulsos.

El juez se mostró en desacuerdo.

—Su problema es que no para de entrar en casas ajenas.

—Entrar no supone ningún problema —respondió Tim—. Lo complicado es salir.

El juez pensó que Tim era tan listillo que, quizá, en lugar de aprender cosas nuevas en Chino, debería convertirse en «oficial y caballero».

—No pasarás ni de la instrucción básica —le dijo su padre—. Eres demasiado nenaza.

Tim opinaba lo mismo. Tenía un problema para completar las cosas (el instituto, el centro de rehabilitación, los robos), y supuso que con los marines le pasaría lo mismo.

Pero no.

A Tim le gustó el Cuerpo. Hasta le gustó el entrenamiento básico.

—Es sencillo —les dijo a sus incrédulos compañeros de cuartel—. Haces tu trabajo y no se meten demasiado contigo. Al contrario que en la vida real.

Además, eso lo sacó de Desert Hot Springs. Lo sacó de aquella ciudad de mierda y del puto desierto. En Camp Pendleton, Tim se despertaba y veía el mar cada mañana, lo cual era muy guay, pues hacía que se sintiera como uno de aquellos californianos guays y enrollados que viven junto al mar.

De manera que sobrevivió. Sobrevivió a todo su servicio obligatorio y luego se reenganchó. Consiguió su certificado de educación secundaria, los galones de cabo y un destino en la Desert Warfare School, en Twentynine Palms, a unos setenta y cinco kilómetros de su querida ciudad natal de Desert Hot Springs.

Por supuesto, pensó Tim. Otra vez de vuelta en el putito desierto. Y se planteó desertar, pero luego se dijo qué coño, es solo un destino. Y confió en que quizá una próxima vez le tocara Hawai.

Entonces Saddam Hussein invadió Kuwait con el único fin de joder a Tim, y este fue embarcado con destino a Arabia Saudí, que era como el desierto pero a lo bestia.

—No puedo creer que fueras marine —dice Gruzsa.

—*Semper fido* —contesta él.

Gruzsa ya lo sabe, por supuesto (Tim sabe que lo sabe, mierda, su expediente está encima de la mesa), lo sabe todo sobre su carrera en el Cuerpo de Marines.

Es algo que Gruzsa no acaba de comprender, porque no encaja. Tenemos al típico inútil, más tonto que un arado, incapaz hasta de robar en una casa sin que lo pillen, y el tipo va y se gana una Navy Cross en el Golfo.

En la batalla de Khajfi, antes del gran ataque estadounidense. Una división blindada iraquí atraviesa de noche la frontera saudí, y la unidad de reconocimiento de Tim es lo único que se interpone en su camino. Una unidad abandonada a su suerte, y que es arrollada.

El cabo Tim Kearney saca a cuatro marines heridos de debajo de los tanques iraquíes. La mención dice que iba corriendo de un lado a otro en la noche del desierto como si fuera John Wayne, disparando, lanzando granadas y poniendo a salvo a sus compañeros.

Y luego contraataca.

Carga contra los tanques.

Una cuadrilla de demolición de un solo hombre, dice un testigo.

No gana, por supuesto, pero destruye un par de tanques y su unidad continúa intacta cuando la caballería llega por la mañana.

Kearney consigue la Navy Cross, seguida de (en el mejor estilo de Kearney) un licenciamiento deshonroso.

Por golpear a un coronel saudí.
Mierda, piensa Gruzsa, tendrían que haberle dado otra medalla.
–Te echaron, ¿eh? Genio y figura –dice–. Yo también fui marine.
–¿Qué pasó?
–¿Qué pasó? El puto Vietnam pasó, eso fue lo que pasó. Me jodí la pierna. Aquello fue una guerra de verdad, no como esa mariconada de videojuego de la CNN en la que participaste.
Tim se encoge de hombros.
–Soy una nenaza.
Jorge sonrío.
–Una nenaza.
Gruzsa acerca su cara a la de Tim. Su aliento huele a salchicha italiana.
–Pero eres mi nenaza –susurra–. ¿Verdad, Nenaza?
–Depende.
–¿De qué?
–De lo que quieras que haga.
–Ya te lo he dicho: quiero que seas Bobby Z.
–¿Por qué?
–Supongo que tampoco sabrás quién es Don Huertero.
Tim se encoge de hombros.
Escobar sonrío burlón.
–Don Huertero es el señor de la droga más importante del norte de México –explica Gruzsa.
–Ah –dice Tim.
–Y tiene retenido a un amigo mío allá abajo –añade Gruzsa–. Un agente cojonudo llamado Arthur Moreno.
–*Carnal* –precisa Jorge en español–. Uña y carne.
–Quiero recuperar a Art –dice Gruzsa.
–Ah.
–Y Huertero quiere intercambiarlo por...
–Bobby Z –contesta Tim.
–Hacen grandes negocios juntos, y Huertero quiere que siga libre y ganando dinero –explica Gruzsa.
–¿Lo tenéis vosotros?

–Lo pillamos.

Se lo entregaron en Tailandia, a cambio de devolver un cargamento de heroína a su propietario original. Los malditos tais odiaban a Z.

–Llegamos a un acuerdo –dice Gruzsa.

–¿Para qué me necesitáis entonces? –pregunta Tim.

–La palmó.

–¿Quién la palmó?

–Bobby Z.

Escobar casi parece apenado.

–Un ataque al corazón –explica Gruzsa–. En un pispás. Se dio de morros contra el suelo del cuarto de baño.

–Era joven –comenta Escobar.

–Don Huertero carece de sentido del humor para estas cosas –añade Gruzsa–. Nos devolvería muerto por muerto.

–Y ahí es donde entras tú –dice Escobar.

¿Muerto por muerto?, piensa Tim. ¿Y ahí es donde entro yo? Aquí hay algo que no encaja.

–¿Huertero no se dará cuenta enseguida de que no soy el verdadero Bobby? –pregunta.

–No –contesta Gruzsa.

–¿No?

–No, porque nunca lo ha visto.

–Habéis dicho que habían hecho negocios.

–Teléfonos, faxes, ordenadores, intermediarios –recita Gruzsa como si estuviera hablando con un retrasado, que es más o menos lo que cree–. Nunca ha visto a Z.

–Nadie le ha visto –añade Jorge–. Desde el instituto.

–Hasta que pillamos a ese escurridizo soplapollas en la selva –añade Gruzsa–, nadie podía decir que hubiera visto al auténtico Bobby Z.

–Una leyenda –repite Jorge.

Escobar lo pone al corriente mientras Tim está tendido en una camilla con un lienzo esterilizado sobre la cara, y un médico da rienda suelta a su atracón de cocaína practicándole una pequeña cicatriz, como la que Z se hizo cuando se golpeó la cabeza con una piedra mientras hacía surf en los arrecifes de Three Arch Bay.

—Z no tenía tatuajes, ¿verdad? —pregunta Tim, porque incluso con anestesia local eso duele la hostia, y en cualquier caso está hartado de que le tengan ahí tumbado con un trapo blanco sobre la cara.

—No —contesta Gruzsa, y después pregunta alarmado—: Tú tampoco, ¿verdad?

—No.

Lo cual es estupendo, piensa Tim, porque lo más probable es que Gruzsa ordenara borrarlos. Aunque supone que la alternativa serían los Ángeles en el patio, así que ¿qué más daría otra cicatriz?

Está ahí tirado, mientras Gruzsa supervisa el trabajo y Escobar habla por los codos de Bobby Z.

Acerca de que Z sale del instituto y ya es rico, y tiene un puñado de amigos que van distribuyendo droga por toda la zona comercial del sur de California, lo cual le depara una atención indeseada no de la policía, sino de traficantes rivales. Son los tiempos en que las bandas mexicanas son todavía un chiste, los vietnamitas no dan pie con bola, tal vez exista un chino en Orange County, y los italianos aún son capaces de encontrarse la polla en los pantalones. Y debe de ser uno de estos últimos, aunque Bobby Z nun-

ca lo averigua, quien elimina a dos de sus camellos cerca de Riverside y Z piensa que es una señal *très* mala.

Dos chicos jóvenes, guapos y guays, tirados boca abajo en una acequia como diciendo: «No preguntes por quién doblan las campanas, ¿vale?».

Pero ¿qué hacer, qué hacer? Z está sentado en su piso, tiene un adulto que le sirve de tapadera, y su Mustang del 66 pagado, y piensa: ¿Sabes qué? No hay constancia de mí en ningún lado.

Así que se abre. Desaparece.

—Como la niebla de la mañana —describe One Way en tono admirativo, mientras sus conexiones neuronales estallan como palomitas. Está guiando a cuatro nerviosos turistas alemanes por la Forrest Avenue de Laguna, y les cuenta—: Es como si Z se alejara sobre el mar. ¿Quién sabe hacia dónde? Algunos dicen que a China, otros a Japón, algunos incluso afirman que lo vieron en una playa de Indonesia, es como Lord Jim, ¿vale? O quizá esté a bordo de un barco, surcando los mares, o tal vez en un submarino, como si Z fuera el capitán Nemo, el puto James Mason, pero es como si un día estuviera en la playa y al siguiente no, desaparecido, tío. Desaparecido. Como si deslizándose sobre su tabla hubiera coronado la ola y... *sayonara*.

Pero la droga sigue llegando. Z ha montado un sistema de comercialización basado en intermediarios, agentes, gratificaciones y repartos de beneficios. Tiene la mejor mierda de la Costa Oeste. Solo de primera categoría. La hace llegar por mar. La lleva en barcos, como si fuera un contrabandista de los viejos tiempos. De vez en cuando pierde una carga, pillan a un camello, pero la DEA no puede ni acercarse a Z.

—Pensamos que le habíamos echado el guante hasta cinco veces —dice Gruzsa—. Y resulta que era otra persona.

—Pillar a Z es como pillar niebla —corea Escobar.

Y cierra la mano en un puño para ilustrar la idea.

Z se convierte en algo gigantesco. Enorme. Z provee a toda la costa, a todo el oeste. Si cinco yuppies se están fumando una pipa después de su salmón al vapor, da por seguro que la mierda es de Z.

—Es listo —explica Gruzsa—. Ni coca, ni heroína, ni speed, ni ácido. Únicamente hierba de la mejor calidad. Opio. Palitos tailandeses. Solo vende a gente con pasta. De modo que no estamos hablando de un crío con espinillas, de un descerebrado, o de un aspirante a motero que se va a entregar sin rechistar. Si detienes a alguien con la droga de Z, sale en libertad provisional y ya está ingresado en la Betty Ford antes de que tú hayas vuelto al despacho. Z trabaja sobre una base de clientes preferenciales.

—El Nordstrom de la droga —añade Escobar.

Z distribuye droga desde Alaska hasta Costa Rica.

—¿Quién sabe cuando va a amarrar un barco en la playa? —les dice One Way a los turistas mientras camina a su lado por Laguna—. O sea, Z es capaz de echarle un vistazo a un plano y deducir que la Guardia Costera no podrá localizar a un barquito, un barco pequeño en una costa tan grande. Miles de putas millas para la droga de Z, tío. ¿Entendéis lo que estoy diciendo? Mirad ahí, eso es el Pacífico, amigos, el territorio de Z. Z conoce el ritmo del agua. Lo conoce y se adapta a él. Z es como Poseidón. El puto Neptuno, amigos. Pacífico significa «en paz», tío. Z está en paz con él.

—¿Y qué pasó? —pregunta Tim.

Porque el niño prodigio murió cuando estaba detenido, ¿no? Como todos los perdedores.

—No lo sé —dice Gruzsa—. Se entrega en Tailandia. Enfermo como un perro, contrajo una especie de parásito intestinal. Entra en la embajada y pide ver a alguien de la DEA. Dice que se llama Robert Zacharias. Al cabo de un cuarto de hora yo estaba subido a un avión.

—Y después muere en la ducha —dice Tim.

—Exacto —contesta Gruzsa, en plan la vida es una mierda.

El doctor termina y le dice a Tim que no se rasque. Levanta un espejo y le enseña la pequeña cicatriz en el lado izquierdo de la frente. Parece una «z» pequeña.

Pues claro, joder, piensa Tim.

—¿Qué se supone que debo hacer si Huertero me lleva al otro lado de la frontera porque cree que soy su socio Bobby? —pregunta.

Gruzsa parece cabreado.

—¿Y yo qué coño sé? —replica.

—¿Qué hago cuando se dé cuenta de que no lo soy? —insiste Tim.

—Es tu problema —contesta Gruzsa.

De modo que esto es lo que hay, piensa Tim: puedo volver al talego y que me maten, o suplantar al gran Bobby Z y probablemente conseguir que me maten.

Escogeré la Puerta Número Dos, decide.